



**"QUE SEÁIS FORTALECIDOS EN
EL HOMBRE INTERIOR "
(Ef 3, 16)**

Hermano Yannick Houssay s.g.

Enero 2009 - Circular n° 302

Hermanos de la INSTRUCCIÓN CRISTIANA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
LA SENDA DEL CORAZÓN	7
1) <i>EL HOMBRE INTERIOR.</i>	7
2) <i>LA EXPERIENCIA DE LA DIVISIÓN.</i>	10
3) <i>EL FIN DEL HOMBRE: UNA CUESTIÓN VITAL.</i>	13
EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS TRINIDAD.	17
1) <i>LA IMAGEN DESFIGURADA.</i>	17
a) <i>EL HOMBRE, CRIATURA DE DIOS.</i>	17
b) <i>LA SEDUCCIÓN DEL PECADO.</i>	20
2) <i>LA IMAGEN RESTITUIDA.</i>	21
a) <i>ASEMEJARSE A CRISTO</i>	21
b) <i>HEME AQUÍ, SEÑOR.</i>	25
c) <i>BAJO EL IMPULSO DEL ESPÍRITU.</i>	29
UNA VIDA PARA DIOS SOLO	35
1) <i>UNA VIDA EN EL ESPÍRITU.</i>	35
a) <i>EL ABANDONO A LA PROVIDENCIA.</i>	35
b) <i>HACER LA VOLUNTAD DE DIOS.</i>	37
2) <i>ALGUNAS ACTITUDES FUNDAMENTALES.</i>	39
a) <i>VIGILANCIA Y CLARIVIDENCIA.</i>	39
b) <i>LA ORACIÓN DEL CORAZÓN.</i>	41
c) <i>LA HUMILDAD, MADRE DE LAS VIRTUDES.</i>	42
FORTALECER EL HOMBRE INTERIOR	47
1) <i>LA ORACIÓN DE LOS SALMOS.</i>	47
2) <i>LA ESCUCHA DE LA PALABRA VIVA.</i>	50
3) <i>EL SILENCIO INTERIOR.</i>	54
4) <i>UN CUERPO PARA LA ORACIÓN.</i>	57
CONCLUSIÓN.	61

Foto de la tapa: San Pablb.
Trozo de un fresco de la Basílica de San Pablo extra-muros (Roma)

INTRODUCCIÓN

"La vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada", nos dice Vita Consecrata (nº 93). Los consagrados, que son también educadores, tienen una razón de más para estar atentos a la voz interior del Espíritu, porque están llamados a despertar la escucha aplicada del Maestro divino en los niños y en los jóvenes.

En efecto, podemos decir con Madeleine Daniélou¹, que "la educación debe tender a desarrollar las energías espirituales...

¹ Madeleine Daniélou (1880-1956), madre del Cardenal Daniélou, fundadora de la Asociación apostólica San Francisco Saverio constituida por mujeres consagradas por un voto, al servicio de la educación. Ha escrito *L'éducation selon l'Esprit*, Ed. Plon, en 1939.

Poner el acento sobre la formación del espíritu es hacer un acto de fe en el hombre... Es necesario formar en los niños un instrumento que a lo largo de su vida les permita mantener y restablecer siempre una justa jerarquía de los bienes". Sorprendida por la reflexión que por lo visto le hizo el filósofo Bergson: "No hay bastantes santos", Madeleine Daniélou dirá: "Comprendí, supe que Nuestro Señor me había escogido para ser un apóstol, un instrumento de su reino, supe que tenía que entregarme sin reserva, dar mi tiempo, mi trabajo, mis oraciones, mi sangre; las almas se conquistan entregando la propia vida. Dije sí con toda mi alma a la llamada de Jesús, le prometí servirle, confié en que él terminaría su obra en mí."²

No prevemos tratar aquí la misión del educador menesiano como tal. Trataremos más bien de ir al corazón de esta vocación, a la escucha del Maestro interior. Pero para empezar, es importante recordar el nexo vital que existe entre nuestra vida en el Espíritu – la vida espiritual – y nuestra misión educadora. En esto el ejemplo de Madeleine Daniélou es elocuente. Lo que ella ha percibido está muy cerca de la experiencia espiritual de nuestros dos fundadores: una llamada que viene de Dios, un concepto de educación que trata de abrir el corazón de los niños a la acción del Espíritu, el papel irremplazable del educador que debe haber recorrido un camino personal para responder a la misión que ha recibido.

Con esta experiencia vital ya no es cuestión de interrogarse sobre la unidad de vida. Se adquiere porque todas las energías de la voluntad, del amor, de la inteligencia se vuelven hacia la búsqueda de un único objetivo: una educación según el Espíritu.

En estas páginas, procuraremos pues, dejarnos interpelar por la que es nuestra primera misión, encontrar a Cristo, el hombre perfecto, escucharlo para aprender a vivir humildemente

² Xavier Dufour, *Enseigner, une œuvre spirituelle*, Ed. Parole et silence, p. 221

en su presencia. Iremos a su escuela para poder, luego, invitar a jóvenes y adultos a hacer lo mismo.

Veremos como "el hombre interior", según como lo entiende Pablo, es aquel que se deja transformar a imagen del hombre perfecto que es Cristo.

Redescubriremos que nuestra vocación de Hermano es un camino que abre al don total de sí. Ser imagen de Cristo, es decir: "Heme aquí Señor para hacer tu voluntad".

Veremos que para desarrollar en nosotros "el hombre interior", para suscitar en nosotros el dinamismo del Espíritu, es necesario que vivamos en una confianza total en la Providencia, buscando sólo la voluntad del Padre.

Y después de haber constatado que es fácil ser sordos a las llamadas del Espíritu, trataremos de comprender mejor en qué consiste ser vigilante, en todo instante, en qué consiste la oración interior, el humilde camino en pos de Cristo.

Y por último trataremos de volver a descubrir la riqueza de los medios de los que disponemos para fortalecer en nosotros al hombre interior. *"Cuando la Iglesia reconoce una forma de vida consagrada o un Instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria"*³.

³ *Vita Consecrata*, n° 93

1

LA SENDA DEL CORAZÓN

1) EL HOMBRE INTERIOR.

Cuando Jesús se dirigía a la multitud, hablaba con autoridad. No utilizaba un lenguaje abstracto, ni de sabios. Sacando numerosas imágenes de la vida cotidiana, se expresaba en parábolas. Utilizando un lenguaje enigmático, suscitaba preguntas, provocaba hasta el punto que su palabra podía ser dulce como la miel, pero al mismo tiempo podía "llenar las entrañas de amargura" (Ap 10, 10). Y así invitaba a cada uno y a cada una a abrir la puerta de la comprensión del corazón.

Para relacionarnos con el Dios que nos habita, es preciso aprender a escuchar su Palabra como lo hacia Elías, en "*el susurro de una brisa suave*" (1 R 19, 12) y no en el viento y en la tormenta. Solamente una escucha benévola y amorosa favorece la atención interior y permite discernir el paso de Dios. Sin esto, corremos el riesgo de dejarnos invadir por las impresiones, las sensaciones del momento, por las ideas superficiales que se nos imponen y que nos hacen sordos a las llamadas interiores del Espíritu. Entonces es difícil encontrar la unidad de nuestra persona. Nos dejamos gobernar por las emociones pasajeras. Los apóstoles también han tenido muchas dificultades en comprender a su Maestro. Solamente volviendo a leer los acontecimientos vividos con él, han sido capaces de entender el sentido de sus palabras.

Todos los comentarios y todos los razonamientos resultan pues inútiles si no sabemos desentrañar el mensaje interior de Aquel que puso su morada entre nosotros. Nuestro corazón, ese lugar escondido de donde brota la luz interior, es "*la parte más preciosa de nosotros mismos*" (Casiano, Inst., V, 21).⁴ Sólo el Espíritu de Dios puede penetrar en ella para narrar a nuestro espíritu los secretos de su Corazón.

"*Por eso, dice San Pablo, doblo mis rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda familia, en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu, en el hombre interior*" (Ef 3, 14-16). ¿En qué consiste pues ese hombre interior"? Pablo quiere hablar aquí del corazón del hombre, no solamente de la morada de la vida afectiva y espiritual, sino que también del "*centro del ser humano, la raíz de las facultades activas de la inteligencia y de la voluntad,... el lugar de la gracia y del pecado... Expresa la profundidad del hombre*"⁵. Y san Pablo

⁴ Citado en *Chercher Dieu*, Sœur Marie-Ancilla, Coll. Source de Vie. p. 25

⁵ Sœur Marie-Ancilla, *Chercher Dieu*. p. 25

sigue diciendo, que este Espíritu, "que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad,... y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios" (Ef 3, 17-19).

La expresión "hombre interior" indica, pues, el lugar donde Cristo habita, el lugar del encuentro personal con Dios. Es allí donde "conocemos" – para retomar la expresión paulina - "el amor de Cristo". No se trata de un conocimiento intelectual y abstracto, sino de un conocimiento iluminado por la fe que nos hace recibir, como en vasos de barro, "toda la plenitud de Dios". El sólo puede hacer en nosotros "incomparablemente mejor de lo que podamos pedir o pensar" (Ef 3, 20).

No hay unidad de vida, plenitud de vida, sin esa "experiencia" personal del conocimiento de Dios. Una experiencia que se hará mediante la acogida de la Palabra: ¿cómo nos dejamos tocar el corazón por la Palabra? Una experiencia que tomará el camino de la contemplación: ¿los ojos de nuestro corazón fijos en Dios sólo? Una experiencia que es como un perfume: ¿estamos dispuestos a discernir la gracia del Espíritu que durante sus visitas al hombre en su interior difunde en él el aroma de su amor indecible?

*"Oh pobre alma mía, ¿cuándo serás bautizada en el Espíritu Santo? Cuando derrame sobre ti sus luces, su paz, todas las riquezas de su gloria."*⁶

En el íntimo de nuestro ser profundo, en la morada del hombre interior, captamos como Dios está presente entre nosotros, sin imponerse. Buscamos la fuerza de esta presencia desde el comienzo de nuestro camino con Cristo. Y sin descanso perseguimos la búsqueda de Dios. Puede ser que a veces

⁶ Juan-María de la Mennais, *Mémorial*, 70-71

retomemos ese camino después de habernos alejado de él, atraídos por ídolos engañosos. Por esto, desde el comienzo de la vida espiritual, la formación del corazón, en el sentido en que la entendemos aquí, tiene tanta importancia. *"La vida interior es el fundamento último: la formación se hace del interior hacia el exterior"* escribe Edith Stein.⁷ Para los educadores, estas observaciones valen más que el oro.

La cuestión de la interioridad no es facultativa, es central. Para educar en el conocimiento interior de sí y en la apertura del corazón, debemos haber hecho nosotros mismos la experiencia. Sigamos juntos, pues, este camino.

2) LA EXPERIENCIA DE LA DIVISIÓN.

En la vida de todos los días, sabemos que muy a menudo no hacemos lo que nos gustaría hacer, y que hacemos lo que no quisiéramos hacer. Las preocupaciones de la vida cotidiana oscurecen a menudo las luces recibidas con ocasión de un retiro o en el corazón mismo del ejercicio de nuestra misión, o en la oración personal. Sabemos por experiencia que las buenas disposiciones resisten muy poco al peso de los hábitos y a la presión de los acontecimientos.

Y, de hecho, nos descubrimos divididos. Por un lado aquello que quisiéramos ser, por otro, lo que somos. Por un lado, la imagen que damos de nosotros mismos, por otro, la que quisiéramos ofrecer. No nos atrevemos a mirar de frente nuestras debilidades y nuestras heridas. No nos queremos de veras. Insatisfechos de nosotros mismos, no alcanzamos esa unidad de vida sin la cual, sin embargo, no podemos ser plenamente nosotros mismos.

⁷ Entrevista, por ZENIT, de Eric de Rus, autor del libro *"Intériorité de la personne et éducation chez Edith Stein"*.

“Un santo de Egipto a quien Arsenio interrogaba un día sobre sus pensamientos para recibir su opinión le dijo: “Abba, ¿cómo es que tú, que eres tan sabio en las lenguas griega y latina, interrogas sobre tus pensamientos a un hombre tan ignorante y tosco como yo?” El le contestó: “Confieso que estando en el mundo adquirí el conocimiento de esas dos lenguas; pero desde que lo dejé no he podido aprender todavía el alfabeto de ese ignorante y de ese tosco.”⁸ ¿Conocemos el alfabeto de nuestra existencia personal? ¿Somos tan ignorantes como lo fue ese santo de Egipto?

Fascinados como nuestros contemporáneos por la poderosa atracción que sobre nosotros ejercen hoy los más extraordinarios avances de la tecnología, corremos el riesgo de alejarnos de nuestro corazón sin darnos cuenta de ello. Queriendo alcanzarlo, no encontramos el camino por lo mucho que nos hemos dejado encantar por el estallido engañoso de tantas y tantas sugerencias insistentes.

Debemos considerar en su justo valor las enormes ventajas que podemos sacar de las nuevas tecnologías de la comunicación. Pero experimentamos también las tentaciones a las que nos vemos confrontados y que no sería honrado negar pura y simplemente. Si no conviene imputar a lo que nos llega de fuera el que encontremos tan difícilmente la puerta de la interioridad, es preciso ser también lúcidos sobre la manera en que ejercemos nuestra voluntad y nuestro libre arbitrio a favor o no de una vida centrada cada vez más en Cristo. En la era de la comunicación, ¿hemos perdido acaso las llaves para entrar en relación con nosotros mismos, con los otros y con Dios?

“Una dura contienda contra los poderes de las tinieblas se extiende a través de toda la historia humana: batalla que, empezada desde el principio del mundo, se prolongará hasta el

⁸ J. Brémont, *Les Pères*, p. 529-530 (Citado en *Chercher Dieu*, Sœur Marie-Ancilla)

*último día, según el aviso del Señor. El hombre, inmerso en esta batalla, tiene que combatir continuamente para seguir el bien, y sólo con grandes trabajos y con la ayuda de la gracia de Dios, puede obtener la unidad dentro de sí mismo.*⁹

Uno de los principales campos de batalla es sin duda aquel del combate que es preciso lidiar contra la mentira. Si queremos luchar en contra de esta división interior que corroe nuestra paz y agrava las heridas que la vida nos va dejando, es preciso luchar con fuerza contra esa mentira que enflaquece nuestra voluntad de hacer el bien. A fuerza de satisfacernos con verdades a medias, no sabemos discernir entre lo verdadero y lo falso. El horizonte de nuestra vida se ensombrece hasta el punto de dejarnos en la noche. Es así que hacemos lo que no queremos hacer y que no hacemos lo que, sin embargo, deseamos hacer.

¿Cómo hacer para volver a encontrar la unidad interior? ¿Quién sabría ayudarnos a adquirir la ciencia del verdadero discernimiento y la sabiduría de una firme voluntad? San Pablo, quizás: *"Y que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, con que podáis discernir lo mejor para ser puros y sin tacha para el día de Cristo, llenos de los frutos de justicia por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios."* (Flp 1, 8b-11)

He aquí, en efecto, un verdadero programa de vida que puede ayudarnos a obtener esa verdadera ciencia que consiste en discernir la obra de Dios en nosotros, ese afinado tacto que nos hace ver lo que es bueno y verdadero, esa madurez que nos abre al don total de uno mismo, para gloria y alabanza de Dios, esa lucidez sobre nosotros mismos para liberarnos de nuestra propia mentira. Pero sabemos por experiencia que comprometerse por siempre a seguir a Cristo supera las fuerzas puramente humanas ; apoyarnos sólo en nosotros mismos es asegurarnos el fracaso en

⁹ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 37, 2

un plazo más o menos largo. Por el contrario, para alcanzar esa meta, es preciso haber encontrado el punto de anclaje que nos hará existir en profundidad y avanzar apoyándonos en Dios sólo.

3) EL FIN DEL HOMBRE: UNA CUESTIÓN VITAL

Éric de Rus, en un artículo publicado en la revista *La Vie spirituelle*¹⁰, muestra de forma admirable los fundamentos de la experiencia cristiana desde lo que de ella dice Edith Stein. Para él, los místicos, "*esos aventureros de la interioridad*", "*han explorado la vida del alma desde la experiencia de la oración interior*"... una oración "*que interesa al hombre*" como tan bien lo expresa Edith Stein. "*La oración es la actividad más elevada de las que el espíritu humano es capaz*" escribe.

Estamos ante la cuestión del sentido mismo de nuestra existencia, del "en vista de qué" vivimos. En efecto, ¿cómo hablar de la interioridad, sin evocar la presencia de Dios que ama y actúa siempre? ¿Qué nos revela, pues, sobre el hombre esa presencia interior? La interioridad no es posible sin la esperanza, y la esperanza no lo es sin la interioridad, sin la experiencia de ese lugar del corazón donde nos encontramos con el Dios de la eternidad. La vida del hombre, a la luz de esa experiencia iluminada por la Palabra de Dios, se revela como un camino, un devenir, una aventura hacia el descubrimiento de ese Día que no tiene fin. El hombre es un "viajero" observa Éric de Rus. Está llamado a descubrir que su existencia sólo se realiza plenamente en dependencia con respecto a Dios.

¹⁰ Eric de Rus, "*La prière intérieure et sa portée anthropologique*" revista *La Vie spirituelle*, n° 775, mayo 2008, p. 136

No podemos contentarnos con construir un mundo de fraternidad y de justicia, un mundo de paz, que sólo tendría sentido sobre esta tierra. Debemos acoger humildemente al autor, a Aquel que hace que se tenga de pie. Es preciso que vayamos hasta el Principio de este mundo, hasta su fin. "*A la luz de la eternidad, el alma ve las cosas en su verdadero punto*" decía Isabel de la Trinidad. El Reino que construimos, para el cual damos nuestra vida, y en vista del cual educamos, no puede contentarse con una visión puramente terrenal. La finalidad de la existencia indica al hombre lo que es su Vocación integral que consiste en vivir en Dios, en su eternidad de gloria y de amor. Sólo el Espíritu Santo puede aportar la luz interior para vislumbrar la riqueza inagotable de nuestro destino.

Nos quedaremos insatisfechos si no llegamos a esta experiencia fundamental, si no nos dejamos asombrar por esa visión de la existencia. Nunca seremos totalmente felices en nuestra vocación de Hermanos si no tratamos de comprender, desde dentro, la gracia de una existencia "en camino", orientada hacia un "todo a Dios, para siempre, en el amor." No educaremos según el estilo de Juan-María de la Mennais, si no invitamos a los jóvenes a que vuelvan su mirada hacia esa Fuente que hace descubrir la propia dicha en Dios.

Estas reflexiones no están reservadas a los místicos. Digamos, más bien, que todos tenemos la vocación de místicos. El sentido último de nuestra vida, es Dios. "*Dios ha creado las almas de los hombres para Él. Él mismo, nos sigue diciendo Edith Stein. Su voluntad es unirlos a Él y ofrecerles ya en esta vida la plenitud infinita y la dicha de su propia vida divina que nadie puede alcanzar con sus propias fuerzas. Es éste el fin hacia el cual los conduce y hacia el cual ellos deben tender toda su vida.*"¹¹

¹¹ Citado en *La Vie spirituelle* n° 775, mayo 2008. p. 137

PARA IR MÁS LEJOS:

- Mi vida ¿está unificada porque está totalmente orientada por una firme voluntad de ser para Dios?
- ¿Cuál es la Palabra, tomada de la Biblia, que me alimenta y da sentido a mi vida?
- En mi vida de Hermano, ¿cuál es la señal más fuerte de mi consagración a Dios?
- En mi vida, ¿qué es lo que obstaculiza la verdad sobre mí mismo?
- En la misión educativa, ¿cómo puedo abrir los jóvenes a la escucha del Espíritu del Señor, y al conocimiento de sí mismos?



2

EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS TRINIDAD.

1) LA IMAGEN DES FIGURADA.

a) EL HOMBRE, CRIATURA DE DIOS.

"Pero ¿qué es el hombre? Él mismo se ha definido muchas veces y sigue enunciando muchas definiciones variadas, a veces contradictorias: unas veces se exalta como la regla absoluta de todo, y otras se deprime hasta la desesperación; de ahí sus dudas y ansiedades."¹²

¹² *Gaudium et Spes*, Vaticano II, n° 12

El Concilio retomaba la cuestión maravillada del salmista: "*¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que cuides de él? Le has hecho poco menor que los ángeles, le has coronado de gloria y de honor, le has dado poder sobre las obras de tus manos. Todo lo has puesto bajo sus pies.*" (Sal 8, 5-7).

A la cuestión sobre la naturaleza del hombre, el Concilio afirma que la Revelación divina aporta una respuesta. Esa enseñanza la conocemos: "*Dijo Dios: "Hagamos el hombre a imagen y semejanza nuestra, según nuestra semejanza..."*" (Gn 1, 26). Un poco como el hijo se parece a su padre. He aquí la vocación del hombre y de la mujer, he aquí la llamada que han recibido al recibir la vida: devenir una imagen de Dios cada vez más parecida a su divino modelo.

Para los padres de la Iglesia, el compartir del universo no se sitúa, como su lenguaje lo haría a veces pensar, entre el mundo inteligible y un mundo sensible y material, sino entre lo Increado y las criaturas.¹³ En la unidad de su ser, cuerpo y alma, el hombre ha recibido pues un don totalmente gratuito, un don incomparable que es esa llamada a asemejarse a Dios, a serle semejante. Ha sido creado capaz, por participación, a ser imagen de Dios. Con su cuerpo y con su alma el hombre es llamado de ser la imagen de la Imagen que es Cristo, Verbo de Dios, como lo afirmará San Ireneo de León.

El hombre interior se realiza en la unidad de su ser. La vocación de todos y de cada uno integra todas las dimensiones de la persona y sólo puede vivirse que en comunión entre las personas. No como una fusión que sería confusión, sino en la comunión del Cuerpo de Cristo. La humanidad no es una "*agrupación de individuos regidos por el instinto y sometidos a la*

¹³ Cf Placide Desille, *L'anthropologie chrétienne à la lumière des Pères*. Dans la revue *Christus*, n° 197, 2003, p. 37

ley de la jungla"¹⁴. El destino personal de todo hombre es eterno en la comunión con los demás. Es el pecado lo que le intenta rebajar a rango de individuo. Pero la plena comunión a la que el hombre es llamado no se realizará más que en su condición escatológica. *"Lo que primaba en el plan de Dios es justamente esa condición escatológica, que Dios tenía en vista al crear al hombre. Y cualquier progreso en la vida espiritual es visto como una restauración gradual de esa "verdadera naturaleza" del hombre como una anticipación y una prefiguración de esa gloria que vendrá.*"¹⁵

Todo hombre posee esa dignidad personal: el pobre del que nos alejamos por el camino, aquel que se rechaza como un ladrón, el preso despreciado y olvidado, el minusválido en cuyo ser desfigurado tenemos dificultad en vislumbrar la imagen divina, el embrión humano que se cosifica por interés, todos tienen esa dignidad fundamental. Nuestra misión de educadores es la de dar a los "pequeños" la clara visión de esa belleza que los toca en lo más profundo de su ser y que están llamados a manifestar en pleno día. Para que esto acontezca nuestra visión al respecto ha de ser clara.

"La dignidad de la persona tiene su raíz en su creación a imagen y semejanza de Dios. Es pues el esplendor de su ser como imagen de Dios [...] la que confiere al hombre su dignidad y su inviolabilidad [...]. Esto significa [...] que necesitamos raíces para sobrevivir y que no debemos perder de vista a Dios, si queremos que la dignidad humana no desaparezca".¹⁶ "El espíritu no es un producto de la materia... el hombre no es un animal sino

¹⁴ Id. p.40

¹⁵ Id. p. 39

¹⁶ Joseph Ratzinger, Conferencia sobre Europa en su crisis de la cultura (2005)

más bien la imagen de Dios, nacido para conocer, testimoniar, amar, adorar."¹⁷

b) LA SEDUCCIÓN DEL PECADO.

"Pero el hombre, constituido por Dios en un estado de justicia, abusó de su libertad desde el mismo comienzo de su historia, por persuasión del Maligno, alzándose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin fuera de Dios", nos dice el Concilio Vaticano II¹⁸. El hombre ha rechazado así reconocer a Dios como su principio. No quiere ser criatura. Al actuar así ha trastornado "la debida ordenación a su fin último y, al mismo tiempo, trastornó todo el programa trazado para sus relaciones consigo mismo, con los demás hombres y con toda la creación."¹⁹

Otra cosa no quiere el tentador sino desviar de Dios, engañar al hombre, dominarle, empañar en él la imagen de Dios que es el fundamento de su ser como lo hemos dicho arriba. "El espíritu del mal no es una idea, es necesario tomarse en serio lo que Jesús nos dice de ello; es el realismo evangélico. El espíritu del mal es un 'tentador', no es una tentación, es el 'príncipe de este mundo'. Pero ha sido vencido" (Madeleine Delbrêl).

Pecar, es fallar el tiro, es equivocarse de objetivo, es cegarse. Y así, uno deja de conocerse en verdad, es incapaz de leer los signos del Espíritu, de entrar en sí para allí encontrar al autor de la vida. "El pecado es la gran enfermedad que impide a la humanidad encontrar el verdadero gozo."²⁰

Las virtudes, por el contrario, son los mil reflejos en el hombre de la belleza de Dios, divinas y humanas a la vez, dones

¹⁷ Eric de Rus, *L'art d'éduquer selon Edith Stein*, Cahier d'études steiniennes, n° 1, Cerf, éd du Camel Ad Solem. p. 37

¹⁸ G.S. n° 13.1

¹⁹ Id.

²⁰ Jean-Marie Aubert, *Recherche scientifique et foi chrétienne*, Fayard, p. 100

de Dios y frutos del esfuerzo del hombre. El pecado lo desvía y engendra los vicios que ensombrecen la conciencia y desvían del bien.

¿Cómo podemos orientarnos hacia Dios? ¿Cómo asir de nuevo lo que en nosotros está dividido, es inasible, por culpa de nuestra falta de voluntad y por buscamos a nosotros mismos? Se abre ante nosotros una inmensa obra para consolidar un edificio fragilizado por el mal, por múltiples compromisos y por la búsqueda de nuestros propios intereses. Pero no estamos solos. El Maestro de la obra nos ha enviado a su Hijo como arquitecto. Hagamos lo que nos dice.

2) LA IMAGEN RESTITUIDA.

a) ASEMEJARSE A CRISTO

Jesús, el hombre perfecto, el Hijo de Dios, es la imagen perfecta del Padre. Mirándolo a Él, vemos al Padre. Siguiéndole, vamos hacia el Padre. Imitándole, somos testigos del amor del Padre.

Claro está que por nuestras propias fuerzas somos incapaces de esto. Dejados a nosotros mismos, no podemos ir contra corriente por el río de las aguas desencadenadas de la vida y del mundo. Nadie puede tener la caridad de Dios sin Dios. Es Él quien sostiene nuestro brazo para remar contra corriente y no dejarnos llevar a la deriva.

¿Quién no ha experimentado un día el peso de su debilidad? ¿Qué hubiera sido de él de no haber encontrado una mano que le dio seguridad? La mano de Dios está siempre presente para sostener la voluntad y guiar los pasos vacilantes de aquel que quiere superar la prueba.

Configurarse con Cristo crucificado.

Mediante su experiencia y sus escritos, los Padres de la Iglesia nos indican el camino del corazón y nos invitan a volvernos hacia Dios. Pero van más lejos: proponen una terapia que consiste en desarrollar en nosotros las virtudes. *"En los comienzos mismos de ese itinerario: una renuncia a uno mismo, a sus juicios, a su voluntad, a sus maneras de ver, de apreciar, para conformarse con los sentimientos de Cristo"*²¹. No se trata de luchar contra los vicios, sino de adquirir las virtudes. Querer configurarse con Cristo crucificado ha de verse como una resolución saludable en vista de una auténtica conversión. Mortificarse, llevar su cruz, son actitudes que nacen de un corazón determinadamente orientado hacia el libre y gozoso deseo de *"reproducir la imagen de Nuestro Señor cuando estaba colgado por nosotros en la Cruz"*. Porque, *"aquel que no toma su cruz y no me sigue no es digno de mí"*²²

El pecado no tiene la última palabra. Ha sido vencido por Cristo en la cruz. Sólo fijando nuestra mirada en el Hijo amado para asemejarnos a Él podremos luchar eficazmente contra el pecado. *"Somos como un jardín. De nada sirve arrancar las zarzas, los vicios, si no sembramos al mismo tiempo las buenas semillas, las virtudes. Porque de lo contrario las zarzas vuelven a crecer muy rápidamente, y el jardín queda estéril!"*²³

Estamos invitados, pues, a contemplar en nosotros la belleza de la imagen divina que estamos llamados a reproducir. El hombre interior, habitado por el Espíritu, es aquel que con firmeza camina hacia una única dirección: el Hijo, Jesús, crucificado, sentado a la derecha del Padre. Entonces encontrará, en esa contemplación, la fuerza para reproducir el amor infinito que lleva

²¹ Soeur Marie-Ancilla, *Chercher Dieu*, p. 89

²² Casiano, Inst. IV, 34.

²³ Id. p. 90

a todos sus hermanos. Esa mirada sostenida, esa contemplación de todos los días, ese de corazón a corazón continuo, sostendrá nuestra voluntad de ser imagen de Cristo.

"No mi voluntad, sino la tuya."

Para llegar a reproducir en nosotros su imagen, sin duda es preciso que experimentemos en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu el combate que lo llevó a pronunciar estas palabras que Juan-María de la Mennais recordaba a menudo a sus Hermanos: *"No mi voluntad, sino la tuya."*

Es ésta la actitud fundamental que puede hacemos llegar a una estabilidad profunda que es huella beneficiosa de la obra del Espíritu y que dispone a la escucha humilde y al servicio desinteresado de los demás.

"Cristo mismo vuelve a pintar en nosotros su imagen desfigurada, pero no nos da la plenitud de su semejanza sin nosotros. Nos ha dado un buen pincel y los colores necesarios: su Pascua. A nosotros nos toca manejar el pincel, dejando que Él mismo guíe nuestra mano. La semejanza alcanza su perfección gracias a nuestra virtuosa acción. ¿Acaso el Señor no nos dice, invitándonos a la semejanza con el Padre: "Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial?" (Mt 5, 48)²⁴?

Como ya dijimos, este camino no se hace en un día. Después de haber ayudado a andar al niño que éramos, Dios le pide que tome sobre él cargas cada vez más pesadas. Educa su libre albedrío y lo fortalece ante su adversario. El combate puede ser, a veces, difícil. Es fuerte la tentación de capitular a lo largo del camino. Pero con la gracia de Dios podremos levantarnos y seguir la ruta.

²⁴ Id. p. 34

Reproducir el rostro del Amado.

De nuestra decisión depende en efecto nuestro real crecimiento. Nadie lo hará en nuestro lugar. Pero en todo podemos contar con el Espíritu Santo que actúa en el fondo del corazón. Poco a poco aprendemos los secretos de una vida enteramente entregada, vuelta hacia el Padre y hacia los hombres nuestros hermanos y, en primer lugar, hacia los más pequeños de entre ellos que son sus preferidos. Esto podrá pasar por la noche de la fe. Pero nuestro combate para adquirir la verdadera caridad y alejarnos de la búsqueda de nuestros propios intereses nos habrá preparado para esta etapa del seguimiento de Cristo.

A través de "nuestros pobres y maravillosos rostros" podrá verse la luz que brilla sobre el rostro del Amado, el reflejo del fuego que quema el corazón entregado por amor. Porque es de lo profundo del corazón de donde nacen los dinamismos del Espíritu y no de las imaginaciones o de las construcciones intelectuales de nuestros espíritus no clarividentes. La luz del Espíritu ilumina nuestros rostros en la medida en que en nuestros corazones acogemos su amor.

Paul Baudiquey, que ha sabido describir admirablemente las obras de Rembrand, nos deja estas palabras que son como una invitación a devenir *"Icono de lo Invisible"*: *"El rostro cuenta nuestra historia, le pone velo y la desvela al mismo tiempo, espera ser ... El rostro, cada uno de nuestros pobres y maravillosos rostros, es Icono de lo Invisible. Es el Icono más fino, el más precioso, el más bello, cuando el hombre que lo ha pintado, que lo lleva, ha pasado por la prueba... Así, me acerco a Dios en la exacta medida en que trato de no olvidarme de ese*

prójimo que me mira y en la que hago del extranjero mi prójimo más cercano."²⁵

b) HEME AQUÍ, SEÑOR.

"*He aquí que vengo, [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad*" (Hb 10, 7). Así se expresa aquel que sabe que hacer la voluntad del Padre representa el único sacrificio que le place. La plenitud de vida, el gozo perfecto, la dicha inegable, es entregar enteramente la propia vida al Amor.

Nuestra alma es esa "realidad escondida,"²⁶ el lugar secreto que "*contiene un misterio de interioridad y lleva el sello de la Trinidad, la sala de arriba de la que el hombre está llamado a bajar*"²⁷. La oración de Jesús invita y llama al don radical de sí, por amor. La vida del Hermano no se entiende realmente si no se va hasta allí.

Claro está que cada cual emprende ese camino a su ritmo, según su historia personal, y también según la generosidad de su respuesta. A menudo hace falta tiempo, años, para sentir que no seremos totalmente felices que en la medida en que habremos hecho de nosotros mismos una oblación radical a la gloria de Dios.

En realidad, hay en ese don total de sí, una doble actitud. En primer lugar, la acogida "pasiva" del Dios personal y cercano en el fondo de nuestro ser. Luego, la decisión clara y liberadora de emprender el camino de la Pascua de Jesús. "*Heme aquí, Señor!*"

²⁵ Citado por Léon Scherer, *Le combat spirituel*, Supplémento a Vie Chrétienne n°511 p. 66

²⁶ Edith Stein, *L'Être infini et l'Être éternel*, p. 250, cité par Eric de Rus, *L'art d'éduquer selon Edith Stein*, p. 46

²⁷ Id. p. 46

La vocación personal.

Cuando un joven, hoy, percibe una llamada interior, si tiene el valor para responder, percibe que una puerta se abre sobre un futuro de una belleza sin igual. No veo, o ve muy poco, las pruebas de la cruz que será necesario llevar. ¡Siente que allí está la vida! En el fondo de si mismo, sin que tenga palabras para expresarlo, percibe que todo lo que pierde no es nada comparado con lo que gana. Por esto, muy a menudo, un joven que oye esta llamada no tendrá muchas preguntas que plantear, por lo menos en el instante en que surge la llamada de Dios. Por esta gracia específica que recibe, descubre en él el rostro que está llamado a reproducir. Y es esto lo que le atrae.

Nuestra vocación de Hermano no tiene su origen en nosotros. Es un don gratuito del Espíritu Santo. Nosotros, sin embargo, debemos hacer todo lo posible para percatarnos de la altura, de la profundidad, de toda la dimensión que esta vocación en Cristo conlleva. Pero, al mismo tiempo, sabemos que esta llamada depende sólo de Dios. Por mucho que queramos explicar, acompañar, imaginar todos los medios para darla a conocer, nada se hará sin ese toque del Espíritu en el fondo del ser humano. Debemos desear, con un ardiente deseo, que los jóvenes oigan esa llamada que un día oímos nosotros y que llena nuestra vida. Debemos rezar con fervor y no de labios para fuera para que el Espíritu toque el corazón de los jóvenes. Y debemos también llamar en su nombre, dejándole luego actuar como quiera, y concediendo al joven la gracia de una respuesta libre.

Proceder así en el campo de la transmisión de la llamada, quiere decir darnos cuenta, experimentar, que Dios ha actuado así con nosotros. Si somos Hermanos, hoy, cuando tenemos 25, 40 u 80 años, es porque el Espíritu nos habita y aviva en nosotros el fuego interior hasta que podamos decir de forma perfecta, con Jesús: "*Heme aquí, Señor, para hacer tu voluntad*". Nuestra

vocación es la de ser imagen de su ofrenda perfecta, es decir reproducirla hasta el don de nuestra propia vida.

Ser pobre.

Cada uno de los votos inscribe en nosotros la imagen de Jesús. Por el voto de Pobreza elegimos seguirle, caminar por donde él camina, sin preocuparnos del lugar donde podríamos reposar. Por este voto ponemos en marcha de forma radical el "*¡Heme aquí... envíame!*" que Dios nos dirige. Queremos, en lo más íntimo de nosotros mismos, estar allí donde Dios nos quiere, con la íntima convicción de que allí también estará Dios, y cuidará de nosotros.

La confianza en la Providencia de Gabriel Deshayes y de Juan-María de la Mennais se fundaba en esta disposición interior. "*Jamás la Providencia me ha decepcionado*" decía el Padre Deshayes. Si no tenemos esta íntima convicción, debemos preguntarnos si vivimos realmente la pobreza evangélica. Sin ella, bien seguro, nuestra misión no es evangélica. Dios corre hacia aquel que grita: "*¡Señor, ven a salvarnos!*" "*Sin ti, estamos perdidos.*" Para gritar así, es preciso sentir en el propio corazón, y quizá en el propio cuerpo también, una gran pobreza. A esto nos invita el voto de pobreza.

Ser obediente.

El voto de obediencia está cerca del voto de pobreza. Todo bautizado no se pertenece. Cristo es el Maestro de su vida. El religioso trata de vivir esta radical pertenencia utilizando mediaciones humanas que son, para él, los canales de la gracia del Espíritu. Así, hacemos voto de someternos a un hombre, en la persona del superior, para hacer lo que Dios quiere. Claro que es la comunidad entera que discierne y que busca hacer la voluntad

de Dios. Pero hemos elegido someternos a su voluntad expresada por el intermediario de aquel que ha recibido esa misión.

Para ofrecer enteramente la propia vida, es preciso poder decir con Jesús: "Padre, no mi voluntad, sino la tuya". Esto supone a veces un gran despojo. La intensidad del gozo de Pascua depende del ardor del don total de sí. Si se nos da el sentir el peso de la cruz en un acto de obediencia difícil, pidamos a María la gracia de amar hasta el fin. Si somos testigos de una prueba de este calibre por la que un Hermano está pasando, tratemos de acompañarle, como María acompañó a Jesús, y no para que vuelva la mirada atrás, sino para sostenerle, para que ame hasta darlo todo.

Ser casto.

El voto de Castidad, nos acerca aún más a Cristo, al hombre perfecto. El destino último del cuerpo se ha manifestado durante la Encarnación del Verbo de Dios. Podría decirse que en él se realiza lo que dice San Pablo: "*El cuerpo es para el Señor, y el Señor es para el cuerpo*" (1 Co 6, 13)²⁸ En él se manifiesta también esta palabra de la Carta a los Hebreos: "*Sacrificios y oblationes no quisiste, pero me has formado un cuerpo*" (Hb 10, 5). "*Ser virgen, en el sentido cristiano del término, no quiere decir no haber entregado a alguien el propio cuerpo, sino consagrarse y dejarse tomar enteramente por Cristo*"²⁹. No se trata, por tanto, de elegir el estado de vida del celibato sino, mucho más profundamente, se trata de responder a una llamada a dar el propio cuerpo a Dios y sólo a Él. Y así el voto de castidad, lejos de ser un hecho adquirido una vez por siempre, es un camino de identificación con Cristo. Mediante este voto, nos

²⁸ Cf Amaldo Pigna, *Repartir du Christ, la spiritualité des vœux*, Ed. des Béatitudes. p. 127

²⁹ Id. p.128

comprometemos a una purificación paulatina de todos nuestros sentidos. El cuerpo, el espíritu, se convertirán en definitiva en imagen de Dios.

Un testimonio que atrae.

Mirándonos vivir, el mundo tiene que poder captar la llamada fundamental que se dirige a todo hombre y a toda mujer, es decir la llamada a asemejarse a Cristo, desde lo hondo del propio ser. "*Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente la calidad espiritual de la vida consagrada, que se transforma así en un fascinante testimonio*"³⁰. Sólo si el consentimiento es interior, libre y verdadero, puede transparentarse mediante nuestros gestos, nuestras actitudes y nuestras palabras de vida cotidiana.

Los jóvenes y los adultos necesitan testigos gozosos y libres. Saben cuál es la diferencia entre lo que es auténtico de lo que es artificial. Seremos imagen transparente de Cristo si vivimos nuestra vida de Hermano como una liberación y una dicha. Por esto no debemos inventarnos nada. Debemos vivir sencillamente con el mayor amor nuestro don a Dios en la vida de cada día. El Espíritu fecundará nuestros esfuerzos de verdad interior. De un corazón profundamente anclado en la escucha interior del Espíritu brota una fuente a la que muchos acuden para apagar su sed.

c) BAJO EL IMPULSO DEL ESPÍRITU.

La vida consagrada es don del Espíritu a la Iglesia y al mundo. Cada congregación que nace es un don para el pueblo de

³⁰ Vita Consecrata n° 93

Dios. Dios sólo, que ama la humanidad infinitamente más de lo que podemos imaginar y que está en medio de su pueblo, sabe lo que la humanidad necesita.

Un don recibido de los fundadores.

El carisma del Instituto es un don del Espíritu. Nuestros fundadores han querido una congregación de Hermanos porque se percataron de hasta qué punto los niños necesitaban esa educación inspirada por Dios mismo. Sufrían viendo la miseria de esos jóvenes y de esos niños sin pastores. Y sabían por experiencia que el único pastor que necesitaban era Cristo. Mediante un auténtico y profundo discernimiento de la voluntad de Dios, realizado en el tiempo, se convencieron de la necesidad de fundar escuelas, luego una congregación de Hermanos.

Estamos llamados a seguir su obra con las mismas disposiciones interiores nacidas de una comunión profunda con los sentimientos de Cristo que lloraba viendo a una multitud sin pastores. Antes de organizar o de planificar, se trata de responder a las aspiraciones del Señor. A un corazón en comunión con el suyo, hace sentir las urgencias y los deseos profundos de su Corazón.

Al respecto, nos ilumina lo que la Iglesia dice sobre el reconocimiento eclesial de las congregaciones:

"Cuando el juicio acerca de un Instituto nuevo se basa solamente en el criterio de utilidad y conveniencia práctica o, tal vez, en el modo de obrar de una persona que presenta fenómenos devocionales de por sí ambiguos, se ve claramente que falla el genuino sentido de la vida religiosa en la Iglesia (cfr. Parte I, cap. III). Las notas características de un carisma auténtico son las siguientes:

- *proveniencia singular del Espíritu, distinta ciertamente aunque no separada de las dotes personales de quien guía y modera;*
- *una profunda preocupación por configurarse con Cristo testimoniando algunos de los aspectos de su misterio;*
- *un amor fructífero a la Iglesia, que rehuya todo lo que en ella pueda ser causa de discordia.*³¹

Esto es lo que debemos creer. Si nuestra Congregación ha sido fundada y si desempeña hoy su misión en la Iglesia, es bajo el impulso del Espíritu. Los que son miembros de la misma están habitados por ese mismo Espíritu; darán frutos sólo en la medida en que actúen según la inspiración del Espíritu. El carisma menesiano es ese inmenso don de Dios hecho a los jóvenes y a su Iglesia. Debemos medir el alcance de sus gracias. Si nuestros Hermanos, que nos han precedido, han hecho tanto bien es por la gracia del Señor. Hoy, si podemos hacer el bien, es también gracias a Él.

La dimensión espiritual del carisma menesiano.

Por ello debemos prestar más atención a la dimensión espiritual de nuestro carisma, sin hacer de ello el mero objeto de una búsqueda intelectual. No hay carisma sin el Espíritu, es decir sin espiritualidad que es la vida en el Espíritu. Ese carisma, es nuestra vocación, es nuestra misión. Todos debemos alegrarnos por ese don y alabar al Señor por ello. Debemos pedirle ardientemente que nos ayude a contemplar su presencia que actúa en el corazón de nuestra misión vivida con los Laicos.

Si esta misión es realmente un don del Espíritu, sólo puede vivirse recibiendo el alimento de la oración interior, en la mesa de

³¹ *Mutuae relationes*, sobre las relaciones entre obispos y congregaciones religiosas, n° 51a

la Eucaristía y de la Palabra, escuchando y meditando las palabras de nuestros fundadores. Nuestros fundadores, de forma tan remarcable, supieron discernir los signos de la presencia y de la acción de Dios. Nosotros estamos invitados a entrar en su experiencia espiritual y más especialmente en la de Juan-María de la Mennais que Dios nos dio como principal guía. Volvamos a leer sus escritos y los textos de la Regla de Vida. Hagámoslo con un corazón orante, dócil y humilde, abierto al dinamismo del Espíritu.

Hermanos y Laicos a la escucha del Espíritu.

Recibido por medio de la Congregación de los Hermanos, el carisma menesiano pertenece a la Iglesia. En Iglesia, debemos pues ir más allá aún en nuestra manera de responder a nuestra vocación y de vivir la misión con los Laicos. La escucha de la Palabra de Dios, la oración del corazón, la vida en Iglesia son elementos indispensables para la fecundidad de ese carisma que es el nuestro. A ello nos invita la labor realizada en la dinámica del Capítulo General de 2006. Es preciso seguir con audacia y con discernimiento. No se trata, una vez más, de hacer prueba de imaginación o de creación, sino de entrar en el Amor ardiente del Corazón de Jesús que el Espíritu nos da a conocer. En esta dinámica, no tendremos miedo a avanzar en la Esperanza.

Entonces podremos decir: ¡Dios estaba allí, y yo no lo sabía! En efecto, Cristo está vivo en nosotros cuando con los Laicos, en el corazón de la Familia menesiana, nos ponemos al servicio de los jóvenes y de los niños. Bien lo saben los Laicos y los Hermanos que comparten cotidianamente la misión educativa.

PARA IR MÁS LEJOS:

- ¿Qué hay en el corazón de mi vocación de Hermano?
- ¿Soy feliz en mi vocación? ¿La vivo en acción de gracias y con dinamismo?
- ¿Tengo que cambiar algo en mi vida para ser verdaderamente fiel a esta llamada?
- ¿Cómo me sitúo con relación a la Familia Menesiana? ¿Es para mí una llamada del Espíritu?
- ¿Deseo que haya jóvenes que respondan hoy a esa llamada?
- ¿Qué hago personalmente para ayudar a los jóvenes de manera que perciban esa llamada a ser Hermano?



3

UNA VIDA PARA DIOS SOLO

1) UNA VIDA EN EL ESPÍRITU.

a) EL ABANDONO A LA PROVIDENCIA.

Juan-María de la Mennais y Gabriel Deshayes estaban imbuidos de esa espiritualidad que consistía en reconocer en todo la obra de la Providencia, y en seguir sus inspiraciones, dándole gracias, en una confianza total.

Un tratado sobre la divina Providencia publicado en 1861³², distingue a aquel "que vive en Dios" de aquel "en quien Dios vive". El primero hace obras para Dios, pone su confianza en su fidelidad a la Regla, su obediencia en lo que el superior pide, sus progresos en la virtud. El segundo, que el autor del documento en

³² Obra publicada por el Padre Ramière, s.j. y a él atribuida por el Padre Causade, fallecido en 1751. Tuvo una considerable repercusión. De este libro Charles de Foucauld decía: "Es uno de los libros que más me ayuda a vivir" decía Charles de Foucauld.

cuestión llama "el alma interior" es aquel que "*prefiere mejor perderse abandonándose a la conducta del esposo que le lleva sin razón y sin orden, en lugar de asegurarse emprendiendo con esfuerzo los caminos marcados de la virtud... En el interior, en el "castillo del alma" Dios se esconde y se deja encontrar en la experiencia interior*"³³.

Lo que aquí aparece es el lazo profundo que existe entre el reconocimiento de la acción de Dios en la vida de cada día y el hecho de dejarse llevar por él. Más que hacer obras, lo que parece entonces que realmente cuenta, es saberse amado por Dios y hacer todo por amor hacia El. El abandono en la Providencia es la expresión de una relación fundada sobre el Amor. Saberse amado por Dios conlleva la certeza, a veces hasta en la noche de la fe, de no ser nunca abandonado.

Sin embargo, sabemos por experiencia que es más fácil confiar en las propias obras que abandonarse realmente a la voluntad de Dios. Es tan tentador poner toda la confianza en el hecho de haberlo previsto todo, organizado todo. Quizás por miedo, no dejamos a Dios, por así decirlo, ninguna posibilidad de actuar a su antojo. No nos gusta lo imprevisto y nos cuesta creer que Dios pueda estar a nuestro lado, incesantemente. De hecho según nuestra manera de actuar podemos constatar si hacemos obras para Dios o si procuramos hacer la obra de Dios, construir su Reino. En el primer caso nuestra tendencia será decirle: "¡Ya ves lo que hago para ti!" En el segundo: "Señor, heme aquí, muéstrame lo que tengo que hacer para que venga tu Reino."

El Evangelio nos cuenta la experiencia misma de los apóstoles, lentos en creer y en comprender. Tenían prisa, ellos también, de servir al Maestro. Pero no le dejaban fácilmente hacer lo que él quería. Recordemos el episodio de los niños que rodeaban a Jesús y los discípulos que querían que se fuesen.

³³ Dominique Salin, *L'abandon à la Providence*, revista Christus nº 218, 2008

Pensemos también en Pedro que no podía soportar que Jesús hablara de su muerte cercana, y en Juan Bautista a quien Jesús dice: "Déjame ahora..." (Mt 4, 15) cuando no quería bautizarle en las aguas del Jordán. Volvamos a leer, pues, nuestra vida. ¿Estamos abiertos a las "sorpresas" de Dios? ¿Le dejamos actuar sin nosotros? ¿Estamos convencidos de que puede tener formas distintas a las nuestras para tocar las almas? ¿Lo escuchamos suficientemente para esto? ¿Le pedimos su parecer? Con tanta presión, con tantas cosas por hacer, ¡ya hemos hecho el trabajo!

Bien conocemos este consejo espiritual que consiste en hacer todo como si todo dependiera de nosotros y, al mismo tiempo, creer que todo depende de Dios. Sabemos que es difícil realizarlo. ¡Temiendo no hacer bien las cosas, a veces nos dejamos tentar por hacer demasiado! Sin embargo, "*Dios es tan bueno que le gusta vernos descansar en su infinita bondad. Le gusta vernos dormir en su seno: nuestra paz es su gloria*"³⁴ En definitiva, el abandono en la Providencia es el fruto del Espíritu en un corazón que ha aprendido a discernir la acción de Dios en su vida. Ver a Dios que actúa, darle gracias en todo momento, abre el ser a una dulce y fuerte certeza de que su Amor actúa y es Providencia.

b) HACER LA VOLUNTAD DE DIOS.

En este espíritu, comprendemos mejor lo que significa la expresión: "Hacer la voluntad de Dios". Aquel que trata de hacer lo que Dios quiere no está sometido al temor, es sostenido por el amor. "*Y no os acomodéis al mundo presente*" nos dice San Pablo (Rm 12, 1-2). Porque este mundo en el cual vivimos, según el concepto de Pablo, está llamado desde el acontecimiento de Jesús, a ser transformado por Dios. No es su ley que tiene que guiarnos.

³⁴ Juan-María de la Mennais, *Memorial* p. 13

Es Cristo que hoy es el legislador. Es Él quien define la Regla de vida. Por esto, sigue diciendo San Pablo, "*transformaos mediante la renovación de vuestra mente*". Seguir a Cristo aporta un cambio radical en la escala de los valores sobre los cuales podemos construir nuestra vida. La Cruz de Jesús se convierte en el criterio fundamental que permite a los que creen en Él de entrar en el pensamiento del Padre y amar como Él. Para discernir la voluntad de Dios es preciso mirar a Jesús en la cruz. Sin esa contemplación la inteligencia del corazón se oscurece y no puede "renovarse".

Pablo sigue diciendo: discernir la voluntad de Dios, quiere decir comprender "lo bueno, lo agradable, lo perfecto". Hace la voluntad de Dios aquel que comulga en verdad con sus sentimientos, y que encuentra agradable lo que a Él le agrada, aquel que encuentra bueno y justo lo que es bueno y justo a los ojos de Dios. Los "signos" de Dios no pueden leerse si no se tiene un corazón semejante al suyo y que, como ocurrió con Jesús, sepa "saltar de gozo" viendo la obra del Padre. Pero sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Y el Adversario está al acecho. Es hábil en hacernos creer que nuestra voluntad es la de Dios.

Pablo nos exhorta de nuevo: "*En pie, pues, ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la cintura de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*". Y sigue diciendo: "*Siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia...*" (Ef 6, 14-18)

Aquel que busca la voluntad de Dios tiene que tenerse de pie, amando la Verdad y buscando la Justicia. No dormido, sino listo para el combate. Es la actitud del cristiano: el hombre de pie en la plenitud de la estatura de Cristo. Es la actitud del

combatiente luchador que no tiene miedo, que sabe en quien ha puesto su fe, seguro de que en Cristo, será vencedor.

Aquel que busca la voluntad de Dios es aquel que tiene un gran celo para proclamar el Evangelio de la paz. Está lleno del ardor del discípulo para dar a conocer y amar a su Maestro, del deseo de llevar la Palabra con la certeza de que el Maestro actúa y a en los corazones.

Aquel que quiere hacer lo que Dios quiere embrazar el escudo de la fe y la espada del Espíritu, es decir de la Palabra de Dios. La Fe es un escudo que desarma al Malvado y aniquila su pretendida fuerza. La Palabra de Dios, fuerza del Espíritu, sana, levanta, pacifica, purifica y salva.

Por último en el corazón de la oración se vive el verdadero combate espiritual. Es allí el lugar del encuentro con Dios, en espíritu y verdad. Rezar significa tener un corazón vigilante, un corazón que ama y que escucha. Sin la oración no podemos vencer "los dardos inflamados del maligno", ni mantenemos de pie en la verdad. Rezar es desear lo que Dios desea.

2) ALGUNAS ACTITUDES FUNDAMENTALES.

a) VIGILANCIA Y CLARIVIDENCIA.

"*Velad y rezad para no caer en tentación*" dijo el Señor a Pedro, Santiago y Juan al entrar en agonía. Como en un eco, leemos en el Apocalipsis: "*Si no estás en vela, vendré como un ladrón*" (Ap 3, 3). Jesús nos llama a la vigilancia, no por miedo sino por amor, al igual que Él que vela sobre sus discípulos para que ninguno de ellos se pierda (cf Jn 17, 12).

La Regla de Vida se nos da como una invitación a velar sobre nuestro corazón para que no se pierda, sino para que quede

firmemente anclado en Cristo, de por vida. "*Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón*" (Pr 4, 23).

La Regla nos llama a la vigilancia con relación a nuestra manera de vivir el voto de pobreza. Antes de pensar en la pobreza comunitaria, la Regla de Vida interroga al Hermano sobre su práctica personal. "*El Hermano sabe que puede hacer retroceder los límites de su practica personal de la pobreza...*" (D 44). La primera recomendación que hace nuestra Regla de Vida es la de invitar a cada uno a discernir, a examinar su vida y tomar las opciones que considere necesario. Ser pobre, como Cristo lo pide, supone una gran escucha interior para captar lo que Él quiere. Sin duda, además, para un corazón generoso, es necesaria la ayuda de un "padre espiritual".

La Regla de Vida nos recuerda también, en el campo de la Castidad consagrada, que "*La fidelidad libre y generosa a este don precioso de Dios exige un combate siempre difícil y, a veces, doloroso*" (D 37). Debemos velar sobre la castidad de nuestro corazón que puede estar dividido entre apegos más o menos dilucidados y el deseo de vivir con rectitud y verdad. Las relaciones que vamos teniendo en el marco de nuestra misión, las múltiples solicitudes que nos llegan a través de los medios de comunicación, son ocasiones para ejercer nuestra vigilancia. Su conciencia iluminada por el Espíritu le permite al Hermano hacer un justo discernimiento.

La Regla de Vida, por último, nos invita a esa misma actitud en lo que al voto de obediencia se refiere. Buscar la voluntad de Dios mediante las mediaciones humanas acogidas como una gracia supone un corazón iluminado por la fe. Nuestro libro de la Regla es, así, para nosotros un camino de vida. Por ello, debemos alimentarnos de ella y amarla como a un amigo fiel. Pero, sobre todo, debemos dejarnos transformar por ella. Es el medio más seguro para aprender a seguir a Jesús, humilde y celosamente, como lo hicieron Juan-María de la Mennais y

Gabriel Deshayes. La Regla nos ayudará a discernir con más rectitud lo que Dios quiere para nosotros en la vida de cada día. Obedecer a la Regla de Vida, es escuchar al Espíritu y aprender del Hijo amado. Esa actitud permite que la inteligencia y el corazón puedan discernir y amar lo que es bueno.

"El corazón del hombre es un lugar objeto de disputa. ¿Cómo conocer los "engaños" del demonio? Se trata, en primer lugar, de velar a la puerta de su corazón, y a cada sugerencia que se presenta, preguntar: ¿eres de los nuestros o del partido contrario?"³⁵. La verdadera clarividencia tiene ese precio.

b) LA ORACIÓN DEL CORAZÓN.

Pablo nos lo pide: *"Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias"* (Col 4, 2). La oración, fundada en la Palabra, nos sana de la dispersión de los pensamientos y nos abre a la atención hacia Dios. No es una oración que busca sin cesar nuevas emociones o iluminaciones, sino un diálogo humilde que se deja tocar y convertir, como el publicano del Evangelio. *"Cuando habléis a Dios, no hagáis largos discursos, para evitar así que esta vana búsqueda de palabras estudiadas e inútiles no disipe la atención de vuestro espíritu... Una sola palabra del publicano atrae sobre él la misericordia de Dios. Y una sola palabra llena de fe salva al ladrón. Los largos discursos llenan de ordinario de vanas imágenes el espíritu de aquel que reza y confunden su atención, mientras que pocas palabras son capaces de recogerla."*(Jean Climaque)³⁶

³⁵ Marie-Amélie Le Bourgeois, *La lutte contre les passions*, Christus n°218HS p. 139

³⁶ Ibidem

La oración del pobre toca el corazón de Dios y abre a la acción del Espíritu: "*Dios mío, yo no soy más que un mendigo y un pobre: ¡Dios mío, asísteme!*" (Casiano)³⁷. Como ya decíamos, la oración es el acto más precioso porque nos obliga a la verdad sobre nosotros mismos. Es por ello que nos es tan difícil a veces dejar que esa oración brote del corazón sin palabras, en el silencio. Es también la razón por la cual debemos prestar mucha atención en respetar la oración secreta de cada uno. Hay allí una relación personal que no se puede compartir, a riesgo de falsearla. La puesta en común de la oración es buena si se hace a la escucha del Espíritu que habla a la comunidad. Pero hay que velar para no impedir al hermano que permanezca a la escucha del Señor que le habla en lo secreto. Ese diálogo interior es capaz de cambiar y sanar aquello que en nuestra alma necesita del toque beneficioso de la espada del Espíritu Santo.

La oración espontánea y secreta del corazón, el retomar un pasaje de la Escritura meditado por la mañana, no tienen la finalidad de descubrir otras luces interiores artificialmente solicitadas. La experiencia nos indica que no se tienen y que entonces pronto se deja de hacer un "ejercicio" del que no se ve ni el sentido ni la eficacia. Por medio de esas oraciones incesantemente repetidas, se da en nosotros la conversión del corazón. Leamos los salmos, alimentémonos de esas oraciones, y nos enseñarán el camino del corazón: "*Dios mío ven en mi auxilio, Señor, date prisa en socorrerme.*" (Sal 69, 2)

c) LA HUMILDAD, MADRE DE LAS VIRTUDES.

La humildad es la "*madre, la raíz, la nodriza, la base y el lugar de todas las demás virtudes*" decía San Juan Crisóstomo. Y

³⁷ Ibidem

para Casiano, la primera de las virtudes es la "discreción", es decir, el "discernimiento de los espíritus", el "justo medio", "el amor en acción". Para él, la humildad es un asunto de clarividencia, de medida y de caridad. Ve como una real manifestación de esa humildad el hecho de abrirse con la verdad del propio corazón a un director espiritual. Mediante esa relación de ayuda uno se muestra, en realidad, como es y con el único objetivo de convertirse. He aquí su pensamiento al respecto: "*Más uno esconde sus propios pensamientos, y más éstos se multiplican y toman vigor. Como una serpiente salida de su guarida en seguida se esconde, así se disipa el mal pensamiento apenas manifestado... Aquel que manifiesta sus pensamientos, pronto queda sanado. Aquel que los esconde se enferma de orgullo.*"³⁸

No hay, pues, que confundir la humildad con la timidez o un falso temor de ponerse de relieve. Ese tipo de timidez no puede ser que la expresión del miedo a no gustar, a dar una mala imagen de sí. La humildad es esa actitud de verdad que permite mostrarse como uno es ante Dios y ante los hombres, como un pobre servidor, un pecador que necesita de la ayuda de sus hermanos. La verdadera humildad va pareja con un auténtico amor por uno mismo, que no es cerrazón sobre uno mismo, sino don de sí al otro. Los verdaderos santos, que poseían esa humildad, no conocen el temor, excepto el temor de no hacer la voluntad de Dios.

La humildad conduce a la paciencia y al control de uno mismo, a la caridad y a la rectitud del corazón. Según las palabras de Gregorio Nacianceno es un "*descenso hacia las alturas*". Y Orígenes: "*El humilde camino en la grandeza vive de las maravillas que le superan*" (Contra Celsum VI, 15). La humildad es la condición para una verdadera oración y para la auténtica caridad fraterna. Para convencernos de ello, basta con mirar a

³⁸ Ibidem

María, y para ser humilde basta con imitarla; mirarla cuando se apresura para ponerse a servicio de Isabel y, como ella, ponerse a servicio del Hermano más cercano. Imitando a María, estamos seguros de imitar a Cristo. Entonces cualquier prueba será una gracia que nos hará conocer el secreto del Amor que nos habita. *"Si queremos que el Señor haga en nosotros y por nosotros grandes cosas, es necesario que vea en el fondo de nuestro corazón una verdadera y sincera humildad."*³⁹

³⁹ Juan-María de la Mennais, *Sermón VIII*, 2512

PARA IR MÁS LEJOS:

- ¿Qué significa para mí el abandono en la Providencia?
- ¿Cuáles son los obstáculos que pongo a ese abandono?
- ¿Qué significa para mí hacer la voluntad del Padre?
- La oración del corazón, la oración continua, ¿es una realidad para mí? ¿Qué llamada siento en mí?
- ¿Qué es lo que en mí es un obstáculo a la unidad de vida?
- ¿Qué es lo que me ayuda a realizar la unidad entre misión y consagración?



4

FORTALECER EL HOMBRE INTERIOR

1) LA ORACIÓN DE LOS SALMOS.

"Salmos, mis queridos salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor de Dios, tomad sobre mis labios vuestra plenitud. Queridos salmos, no envejecéis, sois la oración indestructible...."⁴⁰

A través de los salmos, la oración del hombre interior toma toda su dimensión. Ella supera los límites de su corazón para abrirse a la dimensión del corazón de Cristo. Entra en el diálogo del Esposo con la Esposa, de Cristo con la Iglesia.

⁴⁰ Padre Yves Congar, *La Vie spirituelle*, nº 775, marzo 2008, p. 115

Entramos en esta oración de la Iglesia y de Cristo cuando, al comenzar y al terminar el día, en comunidad, rezamos los salmos. Entonces se nos invita a abrir nuestro horizonte a las dimensiones de la Iglesia y del mundo, y a tener la mirada de Cristo. ¿Somos concientes de lo que en esos momentos estamos viviendo?

"Aunque toda la sagrada Escritura exhale la gracia, esto es más verdad aún si hablamos del sabroso libro de los salmos," observa San Ambrosio en su comentario sobre el primer salmo. El salmo, sigue diciendo, *"lo cantamos para alegrarnos, lo aprendemos para instruirnos"* porque nos enseña a Cristo.⁴¹

Cuando juntos rezamos los salmos, nuestra oración entra en la oración de toda la Iglesia, y hasta en la oración de Cristo mismo. En el oficio divino, no rezamos a título privado, sino que somos invitados a *"alegrarnos con los que están alegres; y a llorar con los que lloran"* como dice San Pablo. La oración de los salmos abre nuestro corazón al mundo entero, en la caridad de Cristo.

La oración de los salmos es una educación del alma que está llamada a sintonizar con la voz de Cristo y de la Iglesia. *"Salmodiar, es hacer un todo con la Palabra, fundirse en ella. Recitamos palabras que se nos dan. Pero cuando las recitamos, nos hacemos una sola cosa con ellas, las hacemos salir de nuestro corazón dejándonos conducir por ellas hasta el misterio más íntimo de nuestro corazón y hasta el misterio de Dios mismo."*⁴²

Así que cantar los salmos es una labor de conversión del corazón. Rezándolos con nuestros Hermanos, uniendo nuestras voces en una misma oración que estamos invitados a hacer nuestra, se nos invita a cambiar nuestros sentimientos más

⁴¹ Dom Robert Le Gall, *La saveur des Psaumes*, ediciones C.L.D. p. 25

⁴² Dom Anselme Grün, *Psalmodie contemplative*, en Liturgie n° 105

profundos. Poco a poco, con el pasar de los meses y de los días, las palabras que cantamos bajan en nosotros. Es Cristo mismo que pone su morada en nosotros, como la hace en medio de nosotros que estamos reunidos en su Nombre. Se necesitan años para que se realice esa obra de asimilación. Se necesita la paciencia del jardinero que espera que llegue el tiempo oportuno para cosechar los frutos de sus esfuerzos. Si a veces tenemos la impresión de que esos salmos no expresan nuestra oración, alegrémonos de que así haciendo, Cristo nos hace salir de nosotros mismos para entrar en el amor de su Corazón que es la Iglesia. La oración del oficio divino es también una escuela, una pedagogía que nos ayuda a rezar lo que el Espíritu mismo ha inspirado. La manera en que nuestro corazón se esfuerza por adherir a la oración de los salmos le permite prepararse a entrar en las sendas de la oración.

"Retomando esas palabras iluminadas y sabrosas, las dirigimos a Dios con deleite: son para él "caricias de palabras"⁴³ y se nos quedan por largo tiempo sobre ese "paladar del corazón" del que San Gregorio el Grande habla como de dulzura divina. He aquí quien, poco a poco, es capaz de unificar y de simplificar nuestra salmodia, haciéndonos seguir con libertad el flujo de los salmos" escribe Monseñor Robert Le Gall⁴⁴.

Así que sabremos entrar juntos en esta oración de la Iglesia, en esas palabras que Cristo ha rezado. Las palabras que eventualmente deseamos añadir no deben sino ayudar a cada uno a entrar en su propio encuentro con el Espíritu que le enseña a rezar. Porque esta oración, que ensancha el corazón, debe tocar el alma de cada uno en lo que tiene de único. Por tanto estaremos más atentos al clima de escucha, de silencio, de sencillez que rodea nuestra oración, que a las explicaciones que corren el riesgo de debilitar la vigilancia del corazón en lugar de fortalecerla, si ocupan demasiado sitio.

⁴³ La expresión es del Padre Beauchamp, s.j., *Psaumes nuit et jour*, p. 94

⁴⁴ Dom Robert Le Gall, *La saveur des Psaumes*, ediciones C.L.D. p. 33

Si podemos, hagamos todo lo que está en nuestro poder para que esos salmos sean cantados. Como lo escribe Monseñor Robert Le Gall: "*el término salmos en griego significa la acción de tocar una cuerda para que suene: un salmo es un poema sacro destinado a ser cantado con acompañamiento de instrumentos de cuerda*"⁴⁵. Es una gracia insigne porque el canto construye la comunidad y abre el corazón al amor y al gozo. "*La disciplina del canto no es algo puramente estético; es una ayuda para la oración contemplativa, un camino para devenir uno consigo mismo en el propio corazón y para experimentar la unidad de la comunidad*"⁴⁶. Es lo que decía también San Basilio: "*Cantando los salmos, el corazón se vuelve atento*". Es verdad que a menudo el ser pocos no nos permite fácilmente unir nuestras voces. Aquí y allá, sin embargo, no dudemos en cantar algunos salmos, aunque sea en una comunidad de tres Hermanos. Es más fácil cuando un instrumento – la guitarra, la cítara o el clavicordio – se une a la oración de comunidad para la cuarta voz. Pero si esto no es posible, hay una manera de proclamar juntos los salmos que manifiesta el deseo de unidad. Es ésta la forma que hay que privilegiar.

2) LA ESCUCHA DE LA PALABRA VIVA.

No tenemos el Santísimo Sacramento en nuestro cuarto, pero podemos tener la Sagrada Escritura. Ese libro tendría que tener allí su puesto, abierto como nuestro corazón que no debe cerrarse nunca para dar y para acoger.

El Libro está abierto para entrar en diálogo en cada momento del día y de la noche. El Amigo está allí y dice "*al que*

⁴⁵ Dom Robert Le Gall, op.cit. p 30

⁴⁶ Dom Anselme Grün, op. cit., p. 115

tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida" (Ap 21, 6b).

Hoy un Hermano no puede vivir sin este alimento cotidiano, sin esa atención continua a la Palabra que, sin cesar, sale a su encuentro. Nos es difícil concederle mucho tiempo, comidos como estamos por el trabajo cotidiano. Sin embargo, la mirada puesta en este Libro tendría que despertar en nosotros el deseo de ir a la Fuente para sacar aunque sea un sorbo de esa agua que da gusto a todas nuestras actividades.

"... Los manuscritos que contienen las palabras del Señor, cada vez que los encuentré abandonados donde no tienen que estar, los recogeré y ruego que se recojan, para colocarlos en un lugar más digno" escribía Francisco de Asís. Aquel que tanto trató de imitar a Jesús tenía un amor tan fuerte hacia su Palabra que no podía soportar que no se le diera la veneración que tenía para Él. Su Palabra es El. Tomar el Libro, a manos llenas, es recibir a Jesús el Verbo hecho carne, como María en el descenso de la cruz. "No es idolatría, culto material: es delicadeza"⁴⁷

Evidentemente, el Libro no está hecho para ser mirado. Está hecho para ser leído. Mejor dicho, para ser comido. "Tomé el librito de la mano del Ángel y lo devoré. Y fue en mi boca dulce como la miel, pero cuando lo comí se me amargaron las entrañas" (Ap 10, 10). Por nuestra manera de leer la Palabra, expresamos el hambre que tenemos. ¡Ojalá podamos tener la gracia de gustar con amor de esa miel que viene de Dios y de percatarnos que estamos llamados a ser Palabra, en pos de Jesús, así como estamos llamados a entregar nuestro cuerpo y a derramar nuestra sangre con El!

Para comer, digerir ese Libro para que baje hasta nuestro corazón, necesitamos algunas condiciones: desearlo y decidirlo.

⁴⁷ François Cassingena-Trévedy, *Quand la Parole prend feu*, Vie monastique n°36, Abbaye de Bellefontaine, p. 12

Ya lo hemos dicho, esta etapa es importante porque, de lo contrario, nada empezará de veras. Así que tenemos que tomar una decisión para reservar tiempo a la lectura orante de la Palabra. Aquel que busca realmente dejarse conducir por el Espíritu se dará cuenta en su corazón de que está invitado a encontrar momentos en los que poder entrar realmente en la actitud de la escucha de la Palabra. Quedarán enriquecidos, así, los treinta minutos de oración de la mañana. La Regla de Vida nos invita a esa experiencia.

Necesitamos, además, leer otros libros que puedan ayudarnos a entrar en el misterio de la Palabra que viene a nuestro encuentro. No se trata entonces de un enfoque puramente intelectual. Esta lectura espiritual, debe alimentar la inteligencia, pero sobre todo el corazón. Digamos que debe permitir la acogida de la Palabra, como queremos acoger a Cristo. *"Alcanzar la experiencia espiritual de los grandes santos ayuda a descubrirla desde dentro porque el Espíritu actúa en la Iglesia, suscita a los santos, ha inspirado a los autores sagrados y habla al corazón de cada uno"*⁴⁸

Pero sobre todo, es preciso abordar el Libro de las Escrituras con un corazón abierto y dispuesto al encuentro con Dios. Rezar al Espíritu para que nos ayude a leer la Palabra en su unidad. *"La Lectio divina derriba todos los tabiques cronológicos"*⁴⁹. ¡No vamos a leer un pasaje, vamos a la Palabra! Cada palabra, cada versículo forma parte de todo el conjunto. Y no puede leerse más que en este conjunto, como se aprecian los armónicos propios de un instrumento en el corazón de una sinfonía. *"Entonces, ponerse a la Lectio divina, es ir al concierto!... Escucha la plenitud oceánica de la Biblia en la oquedad de cada versículo, como en la oquedad de una caracola*

⁴⁸ Mgr Pierre-Marie Carré, arzobispo de Albi (Francia), Intervención durante el último Sínodo sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.

⁴⁹ François Cassingena-Trévedy, *Quand la Parole prend feu*, p. 35

*marina... Escucha simultáneamente la multitud vocal*⁵⁰. Para ello, pidamos al Espíritu Santo que nos ayude. Solamente el Espíritu, que ha inspirado esas palabras, nos puede ayudar a entenderlas. Cualquier lectura de la Palabra debe ir precedida por un silencio interior durante el cual debemos volvernos hacia el Espíritu que está allí para iluminar el alma que viene a comer ese alimento incomparable. "¡Si conocieras el don de Dios!" ¡Si conociésemos el fuego que nos quema cuando nos ponemos a leer la Palabra!

El último Sínodo nos recuerda la urgencia, para nosotros Hermanos, de escuchar la Palabra y de hacerla amar a nuestro alrededor, sobre todo por los jóvenes. "*Nos encontramos realmente ante una urgencia educativa*" dice uno de los miembros del Sínodo⁵¹ quien antes había afirmado que el cristianismo no es religión del libro, sino religión de la palabra... "*una palabra viva, abierta de forma dinámica a la verdad de la revelación que contiene.*" Y añade: "*El Apóstol nos recuerda que la Palabra de Dios no está encadenada*" (2 Tm 2, 9). Nos encontramos siempre ante el carácter inagotable de la Palabra de Dios; es como la zarza ardiendo que quema, pero no se consume. Nosotros para quienes la palabra está tan estrechamente vinculada a nuestra misión de educación, debemos aprender a escucharla cuando nos viene de Dios, antes de proclamarla con fuerza y con amor. "*Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.*" (He 4, 12)

*"Las palabras de vida, las palabras vivas sólo pueden conservarse vivas,
Alimentadas, vivas,
Alimentadas, llevadas, calentadas, calientes en un corazón vivo.*

⁵⁰ Id. p. 36

⁵¹ Mgr Salvatore Fisichella, presidente de la Pontificia Academia para la Vida.

No conservadas enmohecidas en pequeñas cajas de madera o de cartón.

Como Jesús ha tomado, ha sido forzado a tomar un cuerpo, a revestirse de carne

para pronunciar esas palabras carnales y para hacerlas entender,

para poderlas pronunciar,

así, de igual modo, nosotros a imitación de Jesús,

así nosotros, que somos carne, debemos aprovechar de ello, aprovechar de que somos carnales para conservarlas,

calentarlas, para alimentarlas en nosotros vivas y carnales....⁵²

3) EL SILENCIO INTERIOR.

"La llamada a la santidad es acogida y puede ser cultivada sólo en el silencio de la adoración ante la infinita trascendencia de Dios: «Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio cargado de presencia adorada: la teología, para poder valorar plenamente su propia alma sapiencial y espiritual; la oración, para que no se olvide nunca de que ver a Dios significa bajar del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo (cf. Ex 34, 33) [...]; el compromiso, para renunciar a encerrarse en una lucha sin amor y perdón [...]. Esto comporta en concreto una gran fidelidad a la oración litúrgica y personal, a los tiempos dedicados a la oración mental y a la contemplación, a la adoración eucarística, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales.⁵³

⁵² Charles Péguy, *Le Porche du mystère de la deuxième vertu*, en *Obras poéticas completas*, ed. Gallimard 1962, P 588-591, citado por Mgr Le Gall, op.cit. p. 47

⁵³ *Vita Consecrata* n°38

No hay escucha de la Palabra sin silencio interior, no hay anuncio de la Palabra sin educación al silencio, sin aprendizaje de la acogida interior del Espíritu, no hay educación sin permitir al joven que oiga a aquel que llama en secreto a la puerta de su corazón.

Hoy no es raro ver a jóvenes seducidos por una experiencia de verdadero silencio, no un silencio vacío, sino un silencio que abre a un más allá, al Otro. A menudo no es fácil, pero ¡es siempre una experiencia formadora!

Madeleine Delbrêl⁵⁴, que vivió en medio del mundo, en medio del mundanal "ruido", esa experiencia única del silencio interior, puede mostrarnos el camino. Contemplativa en la vida cotidiana, en el corazón de la ciudad, entregada a Dios y a los demás, no ha escrito tratados sobre la oración pero ha vivido intensamente la presencia de Dios en el corazón de su vida cotidiana, en su vida de trabajo y de relación con los hombres. Ella supo rezar en la calle, escuchar la Palabra y hablar de Dios en todo lugar, porque había aprendido a encontrarle en todo lugar. *"Si vas al fin del mundo, encuentras la huella de Dios; si vas al fondo de ti, encuentras a Dios mismo"*, decía ella.

Madeleine se convirtió en apóstol el día de su conversión. El anuncio del Evangelio se convirtió en su pasión, porque sabía que la vida sin Dios no tiene sentido y que no hay miseria más grande que la de no conocerle. No podía encontrar a nadie sin sentir el deseo que habitara en el otro el mismo gozo que inundaba su corazón.

Y en esta pastoral de la vida cotidiana, aprendió a reconocer la voz de Dios en el encuentro con los pobres. En el ruido de la

⁵⁴ Madeleine Delbrêl (1904-1964) se convirtió cuando tenía 20 años, después de haber profesado un ateísmo radical. Sus escritos ponen de manifiesto talentos poéticos y sobre todo una profunda vida mística. Su causa de beatificación fue introducida en Roma en 1990.

vida de todos los días, encontró el desierto del encuentro personal con su Dios.

Para Madeleine, el silencio no es en primer lugar ausencia de ruido, sino escucha.⁵⁵ Hacer silencio, es escuchar a Dios que habla. Y Dios habla en todas partes, tanto en la oración como en el corazón de la acción, en la Iglesia tanto como en el mundo desde donde nos llama. Madeleine sabe por experiencia que es importante no dejar pasar las playas de silencio que podemos encontrar, pero observa: "*si el ruido prohibiera el silencio, los pobres ¿cómo podrían ser evangelizados?*" Jesús nos da el ejemplo, a Él le gustaba volver a encontrarse con su Padre en el silencio de la noche y del desierto, pero también en las súplicas de la multitud que acudía para escucharle y recibir de Él la sanación.

En pos de Jesús, por nuestra vocación, estamos invitados a hacer entrar el silencio en el mundo para que escuche a Dios. En la vida cotidiana, escuchamos a Dios en lo profundo de nuestro silencio si evitamos las palabras y las preocupaciones inútiles. Hacer silencio en el ser profundo es todo un arte que se adquiere cuando prevalece el deseo de encontrar a Dios y de hacer su voluntad. En nosotros todo es cuestión de deseo. ¿Qué quieres? ¿A quién buscas?

*"El silencio no existe para que nosotros nos callemos. En este caso, se parecería mucho al mutismo que no ha sido nunca otra cosa sino una enfermedad de los seres a los que Dios dio la palabra, verosíblemente para hablar."*⁵⁶ Entonces ¿por qué existe el silencio? ¿Para que nosotros escuchemos? ¿Acaso no ha reprochado a su pueblo el ser duro de oídos?: "*Yo os hablé, pero vosotros no me escuchasteis.*" (Dt 1, 43) Son los corazones endurecidos, como el del Faraón, los que no escuchan. Si Dios nos ha dado la palabra, nos ha dado también la escucha. Y él, el

⁵⁵ Cf Testimonio nº 229, Patricia Villarroel, *Hablar hoy desde la cotidiano*, p. 54, septiembre-octubre 2008

⁵⁶ Madeleine Delbrêl, *La Joie de croire*, Seuil, coll. "Livres de Vie", 1995 - p120

primero en haber tomado la Palabra para dirigirse al hombre, ha sido el primero en escucharle.

Aquel que hace silencio sabe también escuchar. Reconocer a Jesús en el pequeño y en el pobre, es un don que recibe aquel que escucha y que no pronuncia vanas palabras. Podemos hacer silencio, también, tanto en la calle como en una clase, en un patio de recreo como en el oratorio. Las palabras en nuestros labios, la luz de la mirada, expresan entonces la proximidad de Cristo.

"Escucha, Israel! Yahvéh es nuestro Dios, sólo Yahvéh. Amarás a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes..." (Dt 6, 4-7). El silencio interior es una puerta abierta a la escucha del corazón, tanto que estemos de pie como acostados, tanto que haya ruido, como que no lo haya. Escuchar es amar la voluntad de Dios y ponerla en práctica. Escuchar es amar.

4) UN CUERPO PARA LA ORACIÓN.

A veces, cuando evocamos la interioridad, la vida espiritual, tenemos la impresión de hablar de un mundo invisible que nada tiene que ver con los sentidos y con el mundo. Haría falta salir de nuestro cuerpo para tener acceso a ello. He aquí un error que, confesémoslo, nos impide muy a menudo entrar más gozosa y ardentemente en una verdadera experiencia espiritual. Preguntémonos, pues ¿qué hacemos de nuestro cuerpo y qué lugar le damos en esta búsqueda del hombre interior?

Es la persona, toda entera la que ama, estudia, reza.. *"El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima [...] Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el*

hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. ⁵⁷

A veces, muy a menudo, no pensamos que nuestro cuerpo debe rezar tanto como nuestra alma. Es como si no estuviera convidado. ¿No sentimos como una frustración en nuestro ser cuando rezamos el oficio divino quedándonos sentados? El cuerpo ¿no está autorizado a expresarse? La liturgia de la Iglesia, que en este punto como en otros, tiene una buena pedagogía, nos invita a asociar el cuerpo. Empezar por la oración poniéndonos todos de pie dice claramente nuestro compromiso, nuestro deseo de avanzar por el camino de Dios y de avanzar juntos. Cantar de pie el Magnificat, como la Iglesia lo propone, es asociar el cuerpo a la acción de gracias tan fuerte que subía del corazón, del alma y del cuerpo de María que llevaba al niño de la Salvación. ¿Por qué nuestro cuerpo tiene que quedar ausente a esta alabanza?

Para que viva en nosotros el hombre interior, debemos asociarle el cuerpo. Cada uno, durante la oración personal, puede examinar cómo reza su cuerpo. Y, quizás, se sorprendería al constatar que no lo asocia, y que a veces hasta lo siente un poco molesto.

"Cuando rezo me pongo de rodillas. No puedo rezar de otra manera." "Me quedo echado todo a lo largo en el suelo, en mi cuarto, la frente contra el suelo. Este gesto me prepara a la oración y sobre todo a la oración de la noche." "A veces me pongo de pie para volver a encontrar el rumbo si hay demasiadas distracciones; me resulta ser una excelente actitud de ofrenda. Rezar de pie expresa el respeto, la vigilancia, el desprendimiento de las cosas de la tierra, la prontitud en cumplir la voluntad de Dios." Una mujer joven ha escrito: "A veces me prosterno por algunos momentos. A veces tengo ganas de abrir los brazos en forma de cruz, como si, en esta posición, pudiera entregarme mejor". Son

⁵⁷ Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, nº5

actitudes externas que, muy pobremente, tratan de expresar el deseo que el alma tiene a veces de liberarse y de volar hacia el encuentro con Dios.

¿Somos demasiado "cerebrales"? Corremos el riesgo de impedir a nuestro hermano el cuerpo que cante la gloria de Dios, unido al alma. *"Tengo la impresión de que el cuerpo y el alma están íntimamente unidos y que estoy presente en el uno y en el otro"* decía un sacerdote después de haber vuelto a descubrir cómo su cuerpo le ayudaba a entrar en oración. En ciertas etapas sobre todo de nuestra vida espiritual, y cuando la oración se vuelve más ardua, es bueno ejercerse en la humildad invitando el cuerpo a que sostenga nuestra oración. ¿Tenemos miedo a hacernos como niños? Miremos como reza un niño. Hagamos como él.

Claro está que durante nuestra oración comunitaria permaneceremos discretos. Pero, por lo menos, aprendamos juntos a volver a los gestos que la Iglesia nuestra Madre nos propone. Y cuando estamos solos, ¿por qué no dejar que nuestro cuerpo entre libremente en la oración?



CONCLUSIÓN.

Al final de este recorrido, soy plenamente consciente de que no he desarrollado algunos otros medios que se nos dan. Pienso en particular a la Relectura de Vida, a la Oración cotidiana, al Proyecto personal. Aquí, he querido tomar la cuestión de la vida espiritual de forma más amplia. Convendrá, pues, más tarde, estudiar esos "ejercicios espirituales", por separado, porque piden realmente un desarrollo específico.

"El Reino de Dios está en nosotros. ¡Qué palabra! Tantos exploradores han emprendido una ruta, han soportado tantos sufrimientos, para ir a investigar las ruinas de imperios desintegrados que no nos aportan más que un fruto tan muerto como ellos mismos. ¡Y pensar que tenemos en nosotros esa fuente inagotable de conocimiento y de fuerza, este resorte de inmortalidad, y ¡que no hacemos ningún esfuerzo por descubrirlo!" (Paul Claudel)

Lo decíamos al comienzo: el educador cristiano ha recibido una misión divina. Para cumplirla como es debido, tiene que tener un corazón transformado por la gracia. Más que hablar del hombre interior, hubiéramos podido evocar el dinamismo interior, el soplo interior. En realidad, se trata del lugar, de ese "interior"

donde se encuentran el Espíritu de Dios y nuestro ser, cuerpo y alma, corazón e inteligencia, allí donde se vive en verdad la experiencia de Dios.

Tenemos en nosotros esa fuente inagotable, esa fuente que no es solamente para nosotros, sino para aquellos con quienes vivimos, hacia los cuales somos enviados. Nos incumbe pues, a nosotros, conocer esa fuente, y sacar de ella.

El Hijo encuentra su gozo haciendo lo que el Padre quiere. Es plenamente él mismo, entregándose totalmente al Padre. Es plenamente feliz, dichoso, entrando en el plan del Padre.

Nosotros que nos sentimos a veces tan secos y tan pobres, estamos invitados a encontrar esa misma dicha. Y para ello, como el Principito de Saint-Exupéry, debemos aprender a excavar pozos en el desierto de nuestra vida.

Para que el hombre interior sea más fuerte en nosotros, debemos en primer lugar abrirnos a la gracia que es la única que puede abrirnos a la comprensión del misterio de la presencia de Dios en nuestras vidas. El hombre interior, en nosotros, es Cristo que le da su plena estatura. Ir a nuestro corazón sin buscar allí a Cristo, quiere decir correr el riesgo de no dar frutos. Dios quiere transformar nuestros corazones débiles e impotentes abriéndolos a horizontes infinitos de gracia y de amor y permitiéndoles que realicen grandes cosas. *"La hoja muerta, totalmente seca, puede ser llevada a una gran distancia por un violento viento. Lo mismo el hombre débil e impotente se hace fuerte por la gracia del Señor y puede hacer grandes cosas."*⁵⁸

Sólo Dios puede transformar en nosotros lo que debe ser transformado, para que seamos signos de su presencia y de su amor. El camino más seguro para que crezca en nosotros su rostro, es ir a Él, como un niño pequeño, y decirle:

⁵⁸ Sacado de un Cuaderno sobre la Oración del Padre Henri Caffarel (1903-1996), fundador de los Equipos de Nuestra Señora.

Heme aquí Señor. Tú conoces mi deseo, y tú conoces mi debilidad. Ven y transfórmame. Quiero ser aquel que tú esperas que sea. Pero sin ti, no puedo. Señor, tómame y haz de mí tu imagen en medio de los niños y de los jóvenes, entre las personas que me rodean, en el corazón de tu Iglesia. Sobre todo, tenme la mano, no la dejes. Tú lo sabes, soy capaz de no hacer lo que quiero y de hacer lo que no quiero. Dame la fuerza de querer lo que tú quieres. Concédeme el don de amarte de verdad. Sé mi único bien. Enséñame a amar como Tú, a enseñar como Tú.

María, " *estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo que recibieron el día de Pentecostés. El "reino" de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este "reino" comenzó en aquella hora y ya nunca tendrá fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza.*"⁵⁹

María, por tu oración y tu ayuda materna, fortifica en nosotros al hombre interior, ayúdanos a llegar a ser verdaderos discípulos del Señor e imágenes de su presencia. Da a nuestra Congregación la alegría de acoger en su seno nuevos y jóvenes discípulos con corazón fuerte y ardiente.

Hermano Yannick Houssay,
25 de Enero 2009
En el día de la conversión de San Pablo

⁵⁹ Benedicto XVI, Encíclica *Spe Salvi*, nº 50

PARA IR MÁS LEJOS:

- ¿Qué guardo para mí como campos en los que tengo que fortalecer el hombre interior?
- ¿Cuáles son las reflexiones personales que me gustaría añadir a lo que está escrito aquí?
- ¿Cómo transmitir hoy a los jóvenes lo que hemos recibido como riqueza de la vida espiritual?